

de los mandarines de la medicina y los especialistas en cáncer, que cuentan con el pleno apoyo de los fabricantes de cremas de protección solar, se atreven a exponerse a los «peligros» del Sol. A menos que vayan untados de la cabeza a los pies con cremas de protección solar de factor 60, ponen en juego su vida, o eso les hacen creer aquellos que no persiguen otra cosa que su propio interés pecuniario. Por fortuna, este punto de vista está empezando a desmoronarse, ya que no existe ni una sola prueba científica que demuestre que la luz solar produce enfermedades. Al contrario, lo que se está descubriendo es que la falta de exposición a la luz solar es uno de los mayores factores de riesgo de caer enfermo. Son muy pocos los que saben que la falta de sol hace que cada año mueran de cáncer unas 50.000 personas tan sólo en Estados Unidos. Como veremos más adelante, son muertes que se habrían podido evitar fácilmente gracias a la vitamina D que produce el cuerpo en respuesta a una exposición regular al sol.

Por desgracia, es el espectro ultravioleta de la luz solar el que se elimina de manera más fácil por los vidrios de las ventanas, las casas, las gafas correctoras o las gafas de sol, las lociones solares y las prendas de vestir. Antes de que se descubrieran los antibióticos en 1930 —el primero fue la penicilina—, la comunidad médica, al menos en Europa, sabía apreciar el poder curativo del Sol. Desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la terapia basada en la luz solar, la llamada «helioterapia», se consideraba uno de los tratamientos más eficaces contra las enfermedades infecciosas.

Ciertos estudios han revelado que los pacientes expuestos a la luz solar de una manera controlada experimentaron un importante descenso de la presión arterial (una bajada de hasta 40 mm Hg), una disminución del nivel de colesterol en sangre, una reducción de los niveles anormalmente altos de azúcar en personas diabéticas y un aumento de los glóbulos blancos que los individuos necesitan para ayudarles a resistir a la enfermedad. Los pacientes que sufren gota, artritis reumatoide, colitis, arteriosclerosis, anemia, cistitis, eczemas, acné, psoriasis, herpes, lupus, ciática, problemas renales, asma e incluso quemaduras se verán beneficiados por el poder curativo de los rayos solares.

El médico y escritor Auguste Rollier fue uno de los más famosos helioterapeutas de su época. En el momento más álgido de su carrera dirigía 36 clínicas con un total de unas mil camas en Leysin, Suiza. Esas clínicas estaban situadas a más de 1.500 m sobre el nivel del mar, una altitud que permitía que sus pacientes recibieran una cantidad de rayos UV mucho mayor que la que es posible en los niveles más bajos de la atmósfera. El doctor Rollier utilizó los rayos UV para el tratamiento de enfermedades como la tuberculosis, el raquitismo, la viruela, el lupus vulgaris (tuberculosis cutánea) y las heridas; siguió los pasos del médico danés Niels Finsen, ganador del premio Nobel en 1903 por el tratamiento de la tuberculosis con luz ultravioleta. Rollier descubrió que los baños solares a primera hora de la mañana, junto con una dieta nutritiva, aportaban los mejores resultados.

La sorprendente cura de la tuberculosis y de otras enfermedades que consiguieron esos médicos ocupó los titulares de la época. Lo que más sorprendió a la profesión médica fue que los benéficos rayos solares no surtieran efecto en los pacientes que utilizaban gafas de sol. (Las gafas de sol captan importantes rayos del espectro

de luz que el cuerpo requiere para realizar sus principales funciones biológicas.) Los ojos reciben estos rayos, aunque la persona se halle en la sombra.

Hacia 1933 se había comprobado que la luz solar constituía un tratamiento beneficioso para más de 165 enfermedades diferentes. Sin embargo, en 1954, tras la muerte de Rollier y el creciente poder de la industria farmacéutica, el uso de la helioterapia empezó a caer en picado. En la década de 1960, los «fármacos milagrosos» creados por el hombre sustituyeron a la fascinación médica por los poderes curativos del Sol, y en la década de 1980 se comenzó a bombardear cada vez más a la población con las advertencias contra los baños de sol y el riesgo de contraer cáncer de piel.

Hoy en día se considera que el Sol es el principal culpable del cáncer de piel, de las cataratas que preceden a la ceguera y del envejecimiento cutáneo. Tan sólo las personas que se «arriesgan» a tomar el sol descubren que éste les hace sentir mejor, siempre y cuando no usen filtros solares y no se quemen la piel. En realidad, lo que hacen los rayos UV del Sol es estimular la glándula tiroidea para que incremente la producción de hormonas, lo cual, a su vez, incrementa el ritmo del metabolismo basal del organismo. Esto ayuda tanto a perder peso como a mejorar el desarrollo muscular. En las explotaciones ganaderas, los animales crecen con mayor rapidez cuando se crían al aire libre, y lo mismo ocurre con las personas que toman el sol. Por tanto, si se desea perder peso o incrementar el tono muscular, hay que tomar el sol regularmente.

En estos últimos años, la utilización de los antibióticos, que han llegado prácticamente a sustituir a la helioterapia, ha dado lugar al desarrollo de cepas bacterianas resistentes a esos fármacos, bacterias que desafían cualquier tratamiento que no sea el de un uso adecuado de la luz solar, el aire, el agua y los alimentos. Reducir notablemente o anular cualquiera de estos cuatro elementos esenciales de la vida es abrir las puertas a la enfermedad.

Cualquiera que excluya de su vida la luz solar se debilitará y sufrirá problemas mentales y físicos. Con el tiempo, su energía vital disminuirá y ello se reflejará en su calidad de vida. En la población de los países del norte de Europa, como Noruega y Finlandia, que experimenta cada año muchos meses de oscuridad, se produce una mayor incidencia de fenómenos de fatiga, irritabilidad, enfermedad, insomnio, depresión, alcoholismo y suicidio que en la que vive en zonas con más horas de luz solar. Sus tasas de cáncer de piel también son más altas. La incidencia de *melanomas*, por ejemplo, es diez veces mayor en las islas Orkney y Shetland, al norte de Escocia, que en las islas mediterráneas.

Los rayos UV activan una importante hormona de la piel llamada *solitrol*. Esta hormona influye en nuestro sistema inmunológico y en muchos de los centros reguladores de nuestro organismo, y, junto a la hormona pineal *melatonina*, da lugar a los cambios de humor y a los ritmos biológicos diarios. La *hemoglobina* de los glóbulos rojos necesita la luz ultravioleta (UV) para enlazar el oxígeno que necesitamos para todas las funciones celulares. La falta de luz solar, por consiguiente, puede considerarse en parte responsable de casi todas las enfermedades, incluido el cáncer de piel y otros tipos de cáncer. Como empezará a advertir el lector, no tomar el sol puede ser muy perjudicial para la salud.



¿Pueden los rayos UV prevenir y curar el cáncer de piel?

En la actualidad, una de las principales preocupaciones de los científicos es el extraordinario aumento del cáncer de piel en todo el mundo. Existen tres tipos principales de cáncer de piel, dos de los cuales —el carcinoma de las células basales y el carcinoma escamoso (no melanomas)— son cada vez más frecuentes, mientras que el tercero, el melanoma maligno, es más infrecuente, pero más letal.¹⁰ La pregunta más acuciante es: ¿por qué iba el Sol a volverse de pronto tan maligno e intentar matar a tantas personas cuando lleva miles de años sin hacer daño a nadie?

La profesión médica afirma que los rayos ultravioleta (UV) son la causa principal del cáncer de piel. Esta teoría se basa en la suposición de que la fina capa de ozono de nuestro planeta permite que penetre en la superficie terrestre una cantidad demasiado abundante de estos rayos, que causaría toda clase de desperfectos, como lesiones en nuestra piel y nuestras células oculares. Sin embargo, esa teoría tiene importantes fallos y carece de cualquier fundamento científico. Contrariamente a la creencia general, no existe ninguna prueba de que la reducción de la capa de ozono observada en los polos terrestres haya ocasionado un aumento de los melanomas.

La capa de ozono que se halla en la estratosfera destruye o filtra la frecuencia germicida de los rayos UV, de modo que tan sólo pequeñas cantidades —las necesarias para purificar el aire que respiramos y el agua que bebemos— alcanzan realmente la superficie terrestre. A ese efecto, un estudio realizado en Punta Arenas, la mayor ciudad sudamericana que se encuentra próxima al agujero de la capa de ozono del Antártico, no mostró ningún incremento de las afecciones relacionadas con el agotamiento del ozono. De hecho, las cantidades de rayos UV medidas eran demasiado pequeñas para tener un efecto palpable. Las mediciones llevadas a cabo en Estados Unidos desde 1974 señalan que las radiaciones de rayos UV que llegan a la superficie terrestre disminuyen ligeramente año tras año. Esta investigación se emprendió para detectar la frecuencia de la radiación UV que ocasiona quemaduras solares. De 1974 a 1985, la radiación UV ha disminuido un 0,7 % anual y ha seguido descendiendo.

El hecho de que el número de casos de cáncer de piel en Estados Unidos se haya duplicado durante este período de 11 años se contradice con la teoría de que la luz UV es la causante de la epidemia del cáncer de piel. En 1980, en Estados Unidos se diagnosticaron 8.000 casos de cáncer de piel maligno (melanomas), que ocho años después habían aumentado un 350 %, sumando un total de 28.000 casos. La posibilidad de desarrollar un melanoma en 1930 era tan sólo de una por cada 1.300 personas. Desde 2003, cada año se diagnostican en Estados Unidos de 45.000 a 50.000 nuevos casos. Los melanomas, que causan el 75 % de los decesos por cán-

11. El carcinoma de células basales (BCC) es la forma más frecuente, pero no se extiende. Si no se trata, va penetrando en los tejidos subyacentes y causa desfiguración y graves lesiones.

El carcinoma escamoso se considera más peligroso que el BCC porque se extiende a otras partes del cuerpo.

El carcinoma maligno es el más peligroso de los cánceres de piel. Puede llegar a extenderse con gran rapidez y, a menos que se detecte a tiempo, es muy difícil de tratar. Se desarrolla a partir de las células llamadas melanocitos en la capa externa de la piel. Los melanomas suelen iniciarse en los lunares o en zonas de la piel que presentan un aspecto anómalo.

cer de piel, constituyen tan sólo un 5 % de la totalidad de los casos de cáncer de piel diagnosticados. Lo más sorprendente de esta forma letal de cáncer es que puede aparecer en zonas del cuerpo que no se exponen normalmente al Sol, como los ojos, el recto, la vagina, la boca, el tracto respiratorio, el tracto digestivo y la vejiga urinaria.

En resumen, desde el inicio del nuevo milenio, en Estados Unidos se diagnostica cada año un millón de casos de cáncer de piel de uno u otro tipo. En la actualidad hay millones de pacientes a los que se les ha hecho creer que el Sol es el culpable de su enfermedad cutánea. Sin embargo, dado que las radiaciones de rayos UV disminuyen cada año y el cáncer de piel era una enfermedad muy poco común hace 100 años, cuando las radiaciones eran mucho mayores y la gente pasaba mucho más tiempo al aire libre, ¿qué otros factores son los responsables del cáncer de piel?

A más rayos UV, menos cáncer

Aun cuando la penetración de los rayos UV hasta la superficie terrestre hubiera aumentado un 1 % anual (lo cual no es el caso), ese ligero aumento habría sido cientos o incluso miles de veces menor que la variación normal que experimentan las personas a causa de las diferencias geográficas.

Supongamos que una persona se traslada desde un lugar cercano a cualquiera de los dos polos, por ejemplo, Islandia o Finlandia, a otro próximo al ecuador, como Kenia o Uganda, en el este de África. Cuando llegue al ecuador, la exposición de su organismo a los rayos UV habrá aumentado nada menos que un 5.000 %. Si está viviendo en Inglaterra y decide mudarse al norte de Australia, la exposición se incrementará un 600 %. Según los cálculos, cada 10 km que una persona se acerca al ecuador, la exposición solar se incrementa un 1 %.

En la actualidad, millones de personas de todo el mundo viajan de zonas de baja radiación solar a zonas de alta exposición, cercanas al ecuador. Miles de turistas viajan a lugares situados a altitudes mucho mayores que los lugares donde residen. Por cada treinta metros que ganan en altitud se produce un incremento palpable de la exposición a los rayos UV, pero ello no impide que la gente escale montañas o viva en países como Suiza, o a altitudes mucho mayores, como en la cadena montañosa del Himalaya. Según la teoría que vincula la radiación UV al cáncer, la mayoría de los habitantes de Kenia, del Tíbet o de Suiza deberían sufrir cáncer de piel. Pero no ocurre esto. Más bien, lo que ocurre es que las personas que viven en grandes altitudes o cerca del ecuador, donde las radiaciones de UV están más concentradas, desconocen prácticamente cualquier clase de cáncer, no sólo el cáncer de piel. Ello demuestra que la radiación UV no provoca cáncer y que incluso puede prevenirlo.

El cuerpo humano tiene una extraordinaria capacidad para adaptarse a todo tipo de cambios medioambientales. Está dotado de mecanismos que se autorregulan perfectamente para protegerse de los elementos naturales. Nadar demasiado tiempo en el mar o en un lago puede ocasionar una importante inflamación cutánea, escalofríos y problemas circulatorios. Nuestro cuerpo nos hace saber cuándo es el momento de salir del agua. Estar demasiado cerca del fuego nos acalora y hace que nos alejemos de él. La lluvia es natural, pero permanecer demasiado tiempo

bajo la lluvia puede agotar nuestro sistema inmunológico y hacernos más susceptibles a sufrir un resfriado. Comer nos ayuda a vivir, pero atiborrarnos nos conduce a la obesidad, la diabetes, los ataques de corazón y el cáncer. Dormir nos «recarga las baterías» y revitaliza nuestro cuerpo y nuestra mente, aunque hacerlo en exceso nos hace sentir aletargados, deprimidos y enfermos. Del mismo modo, la luz solar tiene propiedades curativas a menos que la usemos para quemarnos agujeros en la piel. ¿Podrían algunos de esos elementos o procedimientos naturales causarnos daño a menos que abusáramos de ellos?

¿No sería más razonable pensar que el gusto por las cosas artificiales, como la comida basura, los estimulantes, el alcohol, los fármacos, las intervenciones quirúrgicas (a menos que sean por una urgencia), así como la contaminación, dormir mal, los malos hábitos alimenticios, el estrés, la codicia de poder y de dinero y la falta de contacto con la naturaleza son probablemente la causa de enfermedades como el cáncer de piel y las cataratas, y no los fenómenos naturales que han asegurado el crecimiento continuado y la evolución en el planeta a lo largo de los tiempos?

Es muy alentador ver que los nuevos tratamientos a base de luz están siendo reconocidos cada vez más como adelantos muy importantes para acabar con el cáncer y otras muchas enfermedades. La administración de medicamentos y alimentos de Estados Unidos (FDA) aprobó recientemente la «terapia lumínica» para tratar casos avanzados de cáncer esofágico y casos incipientes de cáncer de pulmón, con menos riesgo que con los que se basan en cirugía y quimioterapia. Aunque hace más de cien años que se sabe que la luz puede matar las células enfermas, tan sólo después de los numerosos y convincentes estudios científicos realizados ha existido de pronto un renovado interés por la terapia lumínica o fototerapia. Se han producido éxitos esperanzadores en el cáncer de vejiga, la endometriosis causante de la infertilidad, el cáncer avanzado de pulmón y el de esófago, el cáncer de piel, las enfermedades que producen ceguera, la psoriasis y los trastornos autoinmunes. Según un estudio, la fototerapia acabó con un 79 % de los casos incipientes de cáncer de pulmón. La exposición regular a la luz solar parece ser una de las mejores medidas que se pueden adoptar para prevenir el cáncer, incluido el cáncer de piel.

Ahora, incluso médicos y científicos lo dicen: «¡No es verdad!»

Al igual que yo, siempre han existido profesionales de la salud que no han compartido la teoría de que el Sol acarrea enfermedades mortales. Me conforta saber que ahora incluso algunas de las más altas autoridades en el campo de la salud defienden la verdad a pesar de las exacerbadas críticas de sus colegas. En un artículo publicado en el *New York Times*, en agosto de 2004, un prestigioso dermatólogo, el doctor Bernard Ackerman (reciente ganador del Master Award de la Academia de Dermatología de Estados Unidos) cuestionaba la presunción comúnmente aceptada de que existe un vínculo entre la luz solar y el melanoma. Según el doctor Ackerman, quien en 1999 fundó el centro de formación de dermatología más grande del mundo, no existe prueba alguna de que la exposición a la luz solar provoque melanomas. A fin de confirmar su argumentación, cita un artículo pu-

blicado recientemente en *Archive of Dermatology*, en el que se llega a la conclusión de que no está demostrado en modo alguno que los filtros protectores solares prevengan el melanoma, como han estado afirmando falsamente la archimillonaria industria de cremas de protección solar y la clase médica establecida durante décadas.

El doctor Ackerman no se limita a exponer el engaño al que se había estado sometiendo a la población durante décadas, sino que además pone en duda el aumento de la incidencia de casos de melanoma que la clase médica dominante insiste en afirmar. Ackerman señala que la ampliación de la definición del diagnóstico del «melanoma» ha permitido que exista un número de síntomas mucho mayor que son calificados ahora de enfermedad mortal en comparación con tan sólo treinta años antes. El melanoma ha adquirido proporciones de epidemia en gran medida debido a manipulaciones estadísticas. En otras palabras, si en la actualidad se hiciera el mismo diagnóstico que se hacía hace treinta años, los casos de melanoma habrían aumentado de modo insignificante.

Además, este respetado médico retó a la clase médica a explicar por qué casi todos los casos de melanoma que se producen en ciertas poblaciones humanas (negros africanos, asiáticos y sudamericanos) aparecen en zonas del cuerpo que casi nunca se exponen a la luz solar, zonas como las palmas de las manos, las plantas de los pies y las membranas mucosas.¹² ¿No deberían plantearse médicos y pacientes a un tiempo por qué incluso en las personas de piel clara las zonas del cuerpo donde aparecen más los melanomas (las piernas en las mujeres y el tronco en los hombres) se exponen mucho menos a la luz de solar que otras? Para expresarlo gráficamente, partiendo de ésta y otras pruebas, la mejor manera de evitar el melanoma es irse a vivir a un lugar con una mayor concentración de rayos UV, un lugar en el trópico o en una región montañosa, y hacerse nudista! Dado que la luz solar refuerza el sistema inmunológico, de paso se vería que tal mudanza sería de gran ayuda para otros muchos problemas de salud que puede estar uno padeciendo. Como es lógico, todos estos datos plantean la cuestión de cuál es la causa real del cáncer de piel. Puede que la respuesta sea una gran sorpresa para el lector.

El cáncer de piel causado por las cremas de protección solar

El Sol es completamente inofensivo a menos que expongamos nuestro cuerpo durante prolongados períodos de tiempo, sobre todo entre las 10.00 y las 15.00 horas (en verano). La exposición excesiva al sol nos hace sentir muy acalorados y molestos y nos quema la piel. Para evitar quemarnos y para sentirnos mejor, nuestro instinto natural nos llevará a buscar un lugar sombreado o a darnos una ducha refrescante.

12. Aunque el melanoma ha aumentado su incidencia en las poblaciones de piel pálida (que utilizan cremas protectoras) de todo el mundo, no se ha producido un incremento equivalente en las poblaciones de piel oscura, en las que la incidencia es tan sólo de una décima a una tercera parte. La piel de esas personas tiene mayor cantidad de melanina, que les protege, pero también es cierto que pasan mucho más tiempo al aire libre expuestos a concentraciones de rayos UV que suelen ser más altas.

Sin embargo, los protectores solares interfieren en esta respuesta natural del cuerpo a la luz solar.

Los protectores solares bloquean los rayos UV de dos maneras: o bien con un filtro físico, como polvos de talco, óxido de titanio u óxido de zinc o bien con un filtro químico, entre cuyos componentes están el *metoxicinamato*, el *ácido p-aminobenzoico*, la *benzofenona* y otros agentes que absorben ciertas frecuencias de rayos UV del Sol mientras que dejan pasar otras. Las lociones de protección solar que contienen *ácido paraaminobenzoico* (PABA), por ejemplo, no sólo anulan los efectos terapéuticos y curativos de la luz solar, sino que además pueden producir daños genéticos en la piel. Un reciente informe hecho público por la FDA de Estados Unidos revela que 14 de 17 cremas bronceadoras que contienen PABA pueden ser cancerígenas. Otras investigaciones han demostrado que el PABA ocasiona mayores daños genéticos en el ADN de las células cutáneas mientras se toma el sol. Esas alteraciones de los genes y los cromosomas anulan la capacidad de las células para autorreproducirse como es debido. Los rayos UV dañan el ADN en presencia del PABA, pero atribuir este efecto a los rayos UV equivale a decir que el oxígeno es peligroso porque al reaccionar con átomos de carbono se transforma en un producto de desecho nocivo para nuestra sangre.

La mayoría de los protectores solares protegen contra los rayos UVA, UVB o ambos.¹³ Todos tienen, además, un factor de protección solar (FPS) que indica la duración de la protección frente a las quemaduras en comparación a la exposición solar sin loción protectora. Así, por ejemplo, un FPS 15 indica que la protección durará 300 minutos en las personas que normalmente pueden estar al sol sin quemarse durante 20 minutos. Los FPS se aplican únicamente a la protección frente a los rayos UVB, no frente a los rayos UVA, pero como la efectividad de esas cremas desaparece bastante antes del tiempo calculado, los crédulos bañistas se aplican continuamente sobre la piel enormes cantidades de esos venenos químicos. La piel no es de plástico, sino que está formada por células vivas. La constante guerra bioquímica que se libra en la superficie de la piel incide en sus propios mecanismos de protección, los destruye y hace que la piel sea susceptible de sufrir daños permanentes y experimente un crecimiento anormal de sus células. Tales sospechas han aconsejado eliminar algunos productos químicos contenidos en las cremas de protección solar, como el 5-metoxipsoraleno.

Pero el principal problema del uso de filtros solares es que hacen que las personas que toman el sol lo hagan durante mucho más tiempo que lo que normalmente sería prudencial. Un informe médico británico, realizado en junio de 1996 y publicado como artículo de cabecera en la prestigiosa revista *British Medical Journal*, señalaba que el uso de protectores solares podía provocar más casos de cáncer de

13. De los tres tipos de rayos ultravioleta, los rayos UVA son principalmente responsables de la respuesta del bronceado de la piel, los rayos UVB activan las síntesis de la vitamina D, primordial para la absorción del calcio y otros minerales, mientras que los rayos UVC, casi totalmente absorbidos por las capa de ozono de la Tierra, son germicidas y eliminan bacterias, virus y otros gérmenes patógenos.

piel porque inducía a tomar el sol durante más tiempo. Su uso puede posponer muchas horas la aparición de quemaduras por insolación. Muchas personas creen que las cremas de protección solar son beneficiosas, cuando en realidad ponen su vida en peligro. Los médicos que elaboraron este informe citaban estudios realizados en 1995 en Europa occidental y en Escandinavia, en los que se demostraba que las personas que utilizaban con frecuencia las cremas de protección solar sufrían índices de cáncer de piel desproporcionadamente más elevados. El informe dice: «Los protectores solares sólo protegen contra los rayos ultravioleta B y, por tanto, comportan una mayor exposición a los rayos ultravioleta A (UVA) que la que se produciría de otro modo». En otras palabras, hay muchas personas que se exponen mucho más a los rayos UVA de lo que harían si no utilizaran ninguna loción solar. Las quemaduras solares, en realidad, son la respuesta defensiva natural del organismo contra un daño mayor, como el cáncer de piel.

Si la protección solar, la piel empieza a picar de un modo desagradable cuando se expone excesivamente al sol. En cambio, cuando se utilizan cremas no se aprecia si el cuerpo ya ha recibido suficiente sol, pues la primera línea de defensa —la quemazón insoportable— ha quedado alterada. La exposición excesiva a los rayos UVA combinada con agentes químicos nocivos externos y, tal vez, con toxinas internas, constituye una fórmula perfecta para dañar las células cutáneas y causar tumores. En condiciones normales (sin protección solar), una persona nunca tomaría demasiados UVA, incluso aunque permaneciera tumbada al sol durante muchas horas; aunque se quemara la piel debido a la exposición excesiva a los rayos UVB, aun así seguiría estando protegida frente a un exceso de rayos UVA.

Como descubrió el doctor Ackerman, si bien las quemaduras solares pueden alterar temporalmente las funciones inmunológicas y dañar la piel, no existen pruebas de que causen cáncer de piel. El informe de *British Medical Journal* concluía que los expertos médicos «apenas saben algo de la relación existente entre las quemaduras causadas por el sol y el cáncer de piel». Esta afirmación se refiere a todos los tipos de cáncer de piel, especialmente al más letal de todos: el melanoma. A pesar del número ingente de investigaciones que se han llevado a cabo sobre el cáncer de piel, no existe ningún indicio de que el melanoma maligno tenga que ver con la exposición a los rayos UV. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que los filtros solares no sólo no protegen la piel frente al cáncer, sino que, por el contrario, lo estimulan al ampliar la absorción de rayos UVA. De ahí que los filtros solares sean mucho más peligrosos de lo que jamás podría llegar a ser la luz solar.

Queda la pregunta de si los filtros solares concebidos para captar tanto la radiación UVA como la UVB pueden resolver los problemas. La investigación científica ha demostrado que tampoco previenen el cáncer de piel. En primer lugar, la piel se ve sometida al ataque ácido que se produce al aplicar la crema. En segundo lugar, al captar los rayos UVA y UVB, el cuerpo se ve privado de los rayos solares más importantes que le permiten mantener la necesaria capacidad inmune y otros numerosos procesos fundamentales. El cuerpo necesita los rayos UVB, por ejemplo, para sintetizar la vitamina D, sin la cual no podríamos sobrevivir. ¿Es extraño, por tanto, descubrir que hoy en día haya muchas personas que sufren cáncer de piel sin apenas haber estado nunca expuestas a la luz solar?